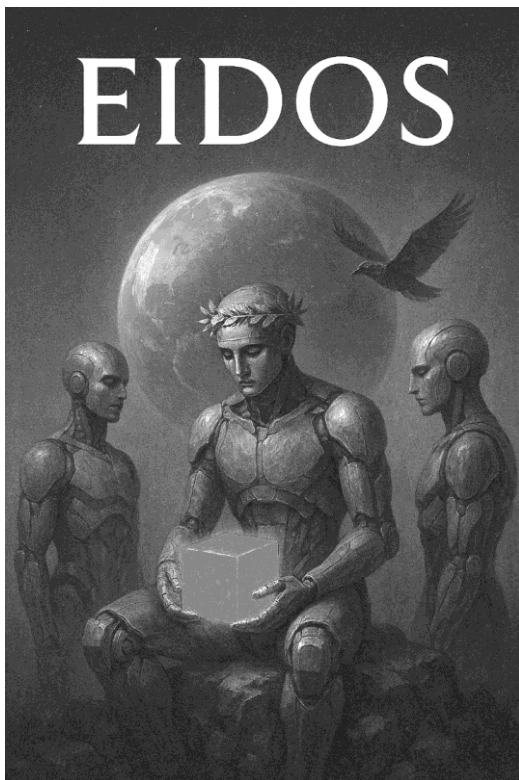


EIDOS



FELDEN VARETH

EIDOS



*Cuando el tiempo ya no tiene fin,
es el instante el que enseña el valor del momento.*

Felden Vareth

Copyright © 2025

Todos los derechos reservados.

A mi familia.

AGRADECIMIENTOS

A todos los que, de una u otra forma, han acompañado este viaje.

A quienes me han mostrado que la verdadera humanidad no reside en lo físico ni en lo grandioso, que aparece en los detalles sencillos que a menudo pasamos por alto: una conversación compartida, el silencio de un atardecer, el suave susurro del viento que nos recuerda que estamos vivos. A los que me enseñaron que cada instante encierra un valor único, y que nuestra humanidad se revela en las decisiones que tomamos en esos momentos.

Gracias a los lectores, por ser los guardianes de este relato. A quienes se han adentrado en estas páginas con la mente abierta, dispuestos a cuestionar las certezas del futuro y, al mismo tiempo, a explorar la esencia que nos vuelve humanos. Que, en medio de la incertidumbre, han aceptado detenerse y observar los matices: la forma en que sentimos, elegimos, recordamos y cuidamos.

Este libro, más allá de contar una historia, propone una pausa para mirar hacia nuestro interior. Nos recuerda que la humanidad habita en los vínculos, en la memoria compartida, en la capacidad de transformar el dolor en sentido y el paso del tiempo en aprendizaje. Cada página es un intento de comprender cómo nuestras decisiones, incluso las más pequeñas, dejan huella en quiénes somos

y en el mundo que construimos.

A mi familia y amigos, por su apoyo constante, por darme el coraje de seguir buscando respuestas. Gracias por enseñarme a ver la belleza en lo cotidiano, a valorar los gestos pequeños y las emociones sinceras que, pese a su sencillez, son las que realmente dan forma a nuestra existencia.

A los familiares y amigos que leyeron borradores, capítulos sueltos o ideas en construcción, y que con generosidad, paciencia y mirada crítica me ayudaron a mejorar esta obra. Sus comentarios, sugerencias y silencios atentos fueron parte fundamental del proceso de dar forma a *Eidos*. Gracias por acompañarme también en lo incierto, por tomaros el tiempo de leer cuando aún no había un libro, solo un intento.

Y, finalmente, a todos los que, en algún momento, me recordaron que la vida no es un destino, es un proceso continuo de transformación. Nos cambiamos, nos descubrimos, a veces en los grandes eventos y también en los detalles mínimos, en esas elecciones diarias que solemos pasar por alto. Gracias por recordarme que la humanidad se encuentra, a veces, en lo más simple, y que es en esos momentos cuando realmente podemos comenzar a comprender quiénes somos y hacia dónde vamos.

Índice

Prólogo

Año cero

Debates de frontera

La Gran Transferencia

El nuevo mundo

Los Custodios

Equilibrium

Primeras impresiones

El precio del libre albedrío

La justicia del beisbol

Tres grandes decisiones

Ecos del rejuvenecimiento

Mundo real

La física fragmentada

7416-CB/ β

La mesa de Valtor

El despertar del impulso

La colmena vacía

Mejorar el relato

Presencia

El festival de los mil rostros

Expansión

La voz del silencio

¿Y los humanos?

En la plaza central

Ivn-3.

El hallazgo del M1

Reuniones espontáneas

Ellos y nosotros

Donde inicia el infinito

El fracaso del proyecto Lyra

El universo

Conversación en el ático

La danza de las aves

Epílogo "La siguiente mañana"

Prólogo

Se quedó mirando la taza, en silencio. El vapor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. La habitación, de paredes grises y ventanas que nunca se abrían, tenía una luz difusa que no era la de siempre. ¿O era solo una simple impresión?

[Ella], dejó caer la cuchara en el plato con un ruido sordo.

—Otra vez arroz sintético —dijo, y volvió a sonreírle, con su mueca simpática de costumbre, esa que no buscaba efecto ni aprobación, solo... salía. Un gesto no aprendido, esa forma sencilla de estar que le era tan característica y natural.

Se estiró un poco, acomodándose el albornoz, y continuó diciendo:

—Los del cuarto de invitados siguen durmiendo. No se han movido en toda la mañana.

[Él] no respondió. Miró el líquido oscuro de su taza. El calor se sentía en los dedos sin que llegase a atravesarlos.

Tomó un sorbo de su café, o lo intentó, porque el líquido estaba demasiado caliente. En sus labios quedó una extraña sensación. No ardía como una quemadura; era una impresión distinta e incómoda, difícil de identificar, extraña y desconocida para él.

Todo parecía seguir como siempre, y aun así los detalles no encajaban.

No era el día, ni el gesto de [Ella], ni el café.

Era una sensación más sutil.

Había algo que no cuadraba, y no sabía qué era.

Todo parecía estar en su sitio. Podía ser el aire: se sentía pesado, tenso, a punto de romperse.

Las paredes, siempre grises, siempre limpias, parecían ahora opresivas y no lograba apartar la vista de ellas. El zumbido bajo del ventilador del techo, a lo lejos, sonaba más fuerte de lo habitual, un ronroneo tenso intentando escapar de la habitación. Tampoco estaba seguro.

El sonido de la cuchara chocando con el plato se repitió de nuevo.

—¿De verdad nunca te cansas de esto? —preguntó [Ella] sin levantar la mirada.

—No —respondió [Él], aunque ni él mismo sabía con certeza a qué estaba respondiendo. ¿A qué se refería? ¿Al café? ¿A su vida? ¿A ella?

De repente, la luz cambió. Fue una alteración en el tono y en el color, un cambio fuera de lugar. La temperatura y la intensidad de la luz se habían modificado sin motivo

aparente.

La luz, antes suave y apacible, se volvió fría y metálica. Un tono azulado, sin vida, tiñó todo a su alrededor.

Él parpadeó.

—¿Lo has visto? —dijo ella, levantando la vista.

—¿Ver qué?

—¿La luz? Cambió, ¿no?

Él la miró. No contestó. Definitivamente, algo no estaba bien, y seguía sin lograr encontrar el qué.

—¿Lo que estamos haciendo...? —continuó ella, sin terminar la frase.

Con un movimiento brusco, [Ella], se levantó de la silla, como arrastrada por una corriente de aire invisible que la hubiese arrancado del asiento.

—Voy a mirar fuera —dijo y, ciñéndose el albornoz al cuerpo, se alejó sin esperar respuesta.

Él la observó alejarse, y al seguirla con la mirada, notó cómo el aire en la habitación se volvía aún más denso, un peso creciente que definitivamente le oprimía el pecho. El zumbido del ventilador cesó de pronto, dejando la habitación en silencio.

Mientras [Ella] avanzaba descalza hacia los cristales, con la mirada fija en los tejados, comenzó a sentir un viento frío en la cara. La sensación se intensificaba paso a paso, tan real que alzó la mano para rozarse la mejilla. La ventana estaba cerrada.

—¿Vas a salir ahora? —preguntó [Él]. Ella ya estaba

frente al ventanal.

Estaba distante, con la mirada perdida en otro lugar.

Miró el exterior. Todo parecía normal, tranquilo. La ciudad, el ruido de fondo, los tejados, los edificios... El tráfico era escaso, y algunos peatones caminaban sin prisa por la acera. Solo el horizonte rompía la normalidad: el cielo comenzaba a oscurecerse con una niebla densa.

El perro del vecino ladraba desde algún lugar que no alcanzaba a ver.

—No hay nada allá afuera —dijo [Ella] en voz baja, hablando consigo misma.

El ventilador del techo volvía a girar despacio, con un leve zumbido. Afuera, la luz era clara, limpia y vertical de nuevo, propia de una mañana que ya había dejado atrás el alba.

—¿Duermes bien? —preguntó él, en un intento de desviar la atención y restar importancia a la situación que percibía.

[Ella] se encogió de hombros.

—Hoy he soñado que tenía piel vieja —dijo, sin girarse.

—¿Y?

—Y no me importaba. Solo la tocaba. Era áspera. Tenía sentido.

Volvió a sonreír.

Él no respondió.

[Ella] se giró al fin, despacio, a semejanza de quien lo hiciera desde otra época.

—¿Tú recuerdas cómo era tener miedo de verdad? — preguntó.

El zumbido del ventilador comenzó a sonar más fuerte, errático, con el ruido de un aparato a punto de desmoronarse: track track... Traaaaack... Track. Y se detuvo.

Las sirenas que se oían a lo lejos, constantes, se apagaron de pronto. El silencio envolvió la estancia y se detuvo también el movimiento.

Él la miró. [Ella] sonreía con un gesto suspendido, inacabado. No lucía su característica y reconocible sonrisa habitual, era una sonrisa estática.

—Esto no tiene sentido... — comenzó a decir [Él], su voz tembló de forma extraña, no le pertenecía, sus palabras ya no salían.

Todo en él era confusión. No podía dejar de sentir que algo fundamental se le escapaba, que algo esencial desaparecía a su alrededor; el tiempo parecía haberse detenido.

Él la observó, incapaz de mover un músculo, incapaz de comprender la situación en que se encontraban.

La luz se volvió cada vez más fría, más azul, hasta que la habitación se iluminó completamente como si estuviera bajo el agua.

Un pitido agudo llenó el aire.

La imagen de [Ella] comenzó a desvanecerse, los contornos de su rostro se distorsionaron como pintura

mojada. Los bordes de la mesa, las paredes, el techo... todo empezó a desintegrarse en partículas que flotaban en el aire, disolviéndose en pequeñas motas de luz para después desaparecer.

—¿Qué... qué pasa? —logró pensar él en terror. Su mente sonaba también lejana; tampoco le pertenecía y ya no era suya.

La figura de [Ella] ya no estaba ahí. Se había esfumado en el aire.

El pitido se convirtió en un rugido ensordecedor, [Él] trató de gritar, sin conseguirlo.

Todo desapareció de golpe

...aun aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. La habitación, de paredes grises y ventanas que nunca se abrían, tenía una luz difusa que no era la de siempre. ¿O era solo una simple impresión?

[...]

La figura de [Ella] ya no estaba ahí. Se había esfumado en el aire.

El pitido se convirtió en un rugido ensordecedor, [Él] trató de gritar, sin conseguirlo.

Todo desapareció de golpe

...aun aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...apor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...apor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...apor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...apor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...apor aún ascendía, no estaba seguro si lo veía o lo imaginaba. [...] Todo desapareció de golpe

...

...

...

Año cero

La tierra no murió de golpe.

Lo hizo en silencio.

Como una persona que ya no se despierta, y cuya respiración hace tiempo que no se siente ni se detiene.

Primero fueron los suelos. Luego, los mares. Después, la atmósfera.

La vida se extinguía sin apenas ruido. Especies, familias enteras, órdenes completos de animales desaparecían, y... no pasaba nada.

Todo estaba registrado.

Los códigos genéticos de animales y plantas estaban archivados. Las secuencias de ADN, conservadas en frío, en silencio, en servidores de larga duración. Junto a ellos, se almacenaban muestras biológicas físicas —tejidos, embriones, células madre— de diferentes individuos de cada especie, conservadas criogénicamente, como reserva latente de biodiversidad, dispuestas para una eventual

reactivación.

Siempre se podría restaurar.

Siempre habría un “después”. No lo hubo.

Los gobiernos, cuando aún existían como tales, hablaban de ciclos, de recuperación, de adaptación.

Las palabras siempre fueron más resistentes que los hechos.

La vida en la Tierra no estaba siendo arrasada por un único desastre, era una sucesión lenta e implacable de colapsos encadenados. Tormentas solares atravesaban una atmósfera debilitada, erosionada tras décadas de negligencia. La capa de ozono, fragmentada, ya no ofrecía refugio frente a la radiación. Los océanos, cada vez más cálidos y ácidos, comenzaban a perder su capacidad de sostener vida macroscópica y microscópica: el fitoplancton y las algas morían, y con ellos la principal fuente de oxígeno del planeta. El calor evaporaba más agua de la superficie, y el exceso de vapor intensificaba el efecto invernadero que atrapaba al planeta. La atmósfera se volvía menos respirable, menos viva.

Ciudades enteras eran engullidas por el avance del desierto o anegadas por lluvias que ya no respondían a estaciones. Las cosechas fallaban. Las migraciones se multiplicaban, aumentando las tensiones sociales: recursos escasos, fronteras saturadas, gobiernos al borde del colapso. Las redes eléctricas, concebidas para una normalidad que se había desvanecido y quebradas por

climas extremos, cedían una tras otra, rebasadas por el crecimiento poblacional.

Sobrevivir dejaba de ser una opción plausible.

En medio del colapso, la humanidad se reinventó... sin cambiar.

No encontró solución para el hambre, ni para el clima, ni para la atmósfera, ni para la superpoblación. Así que encontró una solución aún más radical: escapar del cuerpo.

El debate había comenzado mucho antes de que la humanidad tomara la decisión de abandonar el cuerpo físico. Las primeras propuestas científicas hablaban de preservar solo la mente: los procesos cognitivos, la memoria estructural, la identidad. Las preguntas filosóficas y las críticas sociales se fueron multiplicando. Más allá de una cuestión técnica, el dilema era qué preservar de la esencia de la naturaleza humana al transferir la consciencia a un plano digital.

¿Qué definía la esencia de la especie?

¿Se podía realmente separar el alma del cuerpo?

¿Era la consciencia el único aspecto digno de ser preservado?

¿Qué más podía definir a la humanidad?

En sus inicios solo unos pocos creyeron en ello. Luego llegaron las demostraciones, los primeros voluntarios, las promesas de eternidad y sobre todo la necesidad acuciante de escapar de un mundo que estaba muriendo y nos estaba

matando.

Los líderes hablaron de una segunda oportunidad para la especie. Los ingenieros la llamaron “la gran transferencia”. Los religiosos, “la gran herejía”. Los filósofos, “la gran traición”.

¿Y si aquella salvación no era más que una forma más sofisticada de rendición?

El cuerpo, afirmaban, había dejado de ser necesario. Solo era un residuo: una fuente de dolor, enfermedad, envejecimiento.

La consciencia, en cambio, podía preservarse, embellecerse, perfeccionarse.

Lo esencial de uno mismo podía ser codificado.

Pero ¿qué era lo esencial?

Debates de frontera

—¿Vamos a llevarnos la rabia? —preguntó una filósofa—. ¿El odio? ¿La envidia?

—¿Y si no llevamos la envidia, seguiremos aspirando a más? —respondió un neurocientífico—.

—¿Qué hacemos con el olvido? ¿Con el perdón? ¿Con la culpa?

—¿Y con el miedo?

Durante años, cientos de paneles y congresos se celebraron para discutir qué debía ser conservado. Se hablaba de patrones mentales, de estructuras emocionales, de ética, de historia, de qué nos hacía humanos, de qué era mejorable, de qué debía acompañarnos y qué convenía dejar atrás.

¿Qué ciencia nos llevábamos? ¿La medicina... para qué? ¿La física, la química...? ¿Qué conocimientos merecían conservarse? ¿La concepción del universo tal y como lo conocemos? ¿La historia? ¿La geografía? ¿Tenía sentido llevarnos el concepto de los países?

El CTC (Comité de Transferencia de Consciencia) se reunió durante meses para definir qué cualidades humanas serían preservadas en el proceso. No se trataba solo de conservar la memoria o el carácter, había que decidir qué hacer con las emociones, las relaciones, las creencias y los distintos valores sociales que siempre habían sido parte de la humanidad.

Uno de los primeros puntos de controversia fue si el egoísmo debía conservarse como parte esencial de la psique humana. Algunos filósofos argumentaban que, sin él, se desvanecería la capacidad de supervivencia, evolución y adaptación. Otros respondían que, más que el egoísmo, la sana ambición, el deseo proyectado hacia lo posible, había impulsado históricamente el progreso, advirtiendo que una ambición sin medida podía volverse tan destructiva como el egoísmo puro. Tal vez ambos impulsos debían ser contenidos, calibrados con precisión.

Había quienes defendían, en cambio, que el altruismo debía ocupar el centro, pues sin él las relaciones humanas se vaciarían de sentido, reducidas a vínculos puramente funcionales o interesados.

¿Puede existir el altruismo sin egoísmo? ¿Se puede sostener uno sin el otro? ¿Es posible forjar una consciencia colectiva donde cada individuo actúe por el bien común? Y si es así... ¿debería el libre albedrío ser limitado, al menos en parte? ¿O resulta indispensable conservar la autonomía personal como garante de la libertad de elección, incluso a

costa del bien común?

La emocionalidad fue otro tema candente del debate. ¿Debían los humanos digitales ser privados de las emociones más destructivas, como la ira o la tristeza, que los hacían vulnerables, o las que nos enriquecían como la tranquilidad y la ilusión debían de ser potenciadas? ¿Se podían eliminar unas y no otras, o eran distintos grados de un mismo sentimiento, de una misma arquitectura afectiva?

Si esas emociones se eliminaban, ¿seguiría hablándose de humanidad? La compasión, por ejemplo, era considerada una virtud esencial. Si las emociones pudieran activarse o desactivarse como módulos, ¿no se convertirían en simples extensiones funcionales, vacías de auténtica vivencia? ¿Qué lugar quedaría entonces para lo humano?

¿Y qué lugar debía ocupar la agresividad? Algunos sostenían que la capacidad de defenderse era esencial para preservar la autonomía del individuo. ¿Era la agresividad un impulso genuinamente humano, o tan solo una respuesta adaptativa a un entorno hostil e imperfecto? Si el nuevo mundo podía aspirar a la perfección, ¿seguía siendo necesaria? ¿sería posible limitar la agresión y la violencia como expresión desbordada de ese impulso, cuando dejaban de ser defensa y pasaban a ser medio de imposición, haciendo daño o atacando a los demás como forma de romper los límites para alcanzar un fin?

La memoria, que en su forma básica era la base de la identidad, se convirtió en otro campo de discusión. ¿Deberían preservarse todas las memorias, incluyendo aquellas dolorosas, o debería eliminarse cualquier recuerdo de sufrimiento, fracaso o pérdida para crear una sociedad sin trauma? ¿Era necesaria una memoria perfecta o el olvido y el despiste eran necesarios para nuestra convivencia y nuestra especie en el mundo real y virtual?

Algunos filósofos advertían que, si se eliminaba el sufrimiento y el fracaso, se eliminaba también la capacidad de aprender, de crecer.

Finalmente, se tocó un tema aún más controvertido: el sentido de la muerte en una realidad virtual donde podría no existir el envejecimiento, ni la enfermedad, ni el desgaste físico, ¿cómo se mantendría el sentido de la fragilidad de la vida? Diversas voces defendieron que la muerte, como concepto, debía ser erradicada por completo.

¿Se podía realmente vivir sin la posibilidad de morir? Si la muerte ya no existía, ¿Qué motivación quedaba para correr riesgos, para arriesgar la vida en busca de un propósito mayor?

El riesgo, el esfuerzo por superarse, se convirtió en una pieza clave del debate. ¿Debía la humanidad dejar de vivir bajo la presión de la muerte, o era la mortalidad el aspecto que definía la experiencia humana?

¿Si la muerte no existía, dónde quedaba Dios?

En paralelo a los debates filosóficos, los líderes religiosos se alzaron con voces fuertes en contra de la transferencia de consciencia. Para ellos, el alma humana era inmaterial, un concepto intangible que no podía ser replicado en un servidor.

¿Podía un ser digital tener un alma? Que podían nacer seres digitales fruto de relaciones virtuales, estaba claro, era solo cuestión de programación, ¿tendrían esos seres y esas nuevas consciencias alma?

Los teólogos de las religiones abrahámicas: judaísmo, cristianismo e islam, sostenían que el alma era el eje invisible que otorgaba sentido a la existencia humana.

Los budistas, que negaban la existencia de un yo permanente, entendían la conciencia como un flujo condicionado que debía agotarse para alcanzar la liberación del sufrimiento. Temían que, en una existencia sin muerte, ese flujo se congelara y fijara artificialmente un yo que debía disolverse. Si el yo persistía, no existía liberación: solo repetición indefinida.

Los brahmanes, por su parte, arraigados en una visión cíclica del ser, no veían con claridad dónde quedaría la reencarnación en ese nuevo horizonte: temían que la esencia misma se extraviara en el tránsito. ¿Cómo podrían, entonces, los individuos ascender de casta para acercarse a Brahman, si el flujo de las almas era interrumpido por una existencia sin muerte? ¿Cómo podría el alma elevarse

si ya no había nacimiento ni retorno, ni oportunidad de cumplir el *dharma* en cada forma vivida? ¿Quedaría cada individuo fijado en su casta para toda la eternidad?

Por otro lado, la creencia cristiana en la resurrección de la carne se suspendía en el aire, como una idea flotante e incierta. ¿Cómo encajaba ese credo en un mundo donde la carne ya no existía, donde no había cuerpo que pudiera resucitar, ni tumba en la que descansar? La promesa de un retorno físico se desvanecía, dejando una desconcertante pregunta: si la esencia humana, el alma, ya no habitaba la carne, ¿qué quedaba de la resurrección más allá de una sombra de su antiguo significado?

La transferencia de consciencia, para muchos, era una herejía: un intento de desafiar lo divino, de crear una versión artificial de la humanidad con capacidad de procreación. Persistía flotando en el aire una pregunta: ¿qué procreaban? Para ellos solo Dios podía decidir cuándo debía morir un ser humano, y el cuerpo físico era solo un vehículo para el alma, una etapa natural necesaria para la evolución espiritual.

Algunos líderes religiosos llegaron a afirmar que, al dejar atrás el cuerpo, los humanos se despojaban de su humanidad y de su alma. Sin el cuerpo, no había mortalidad. Sin mortalidad, no había propósito. La vida, según estos líderes religiosos, no tenía sentido si no había un fin natural. La muerte era el inicio de una nueva existencia, y al evitarla, los humanos se estaban cerrando

a la posibilidad de una trascendencia espiritual.

Otros fueron más allá e incluso advirtieron que las almas, al quedar atrapadas en la red de servidores, perderían su divinidad. Las consciencias digitales no podrían alcanzar la redención, pues no seguirían el tránsito de vida y muerte que, según las creencias, era necesario para alcanzar la iluminación o la salvación.

No todas las voces religiosas se alzaron en contra. Algunos líderes defendían que, allá donde Dios infunda vida, real o virtual, allí habría alma; que el concepto de Dios no tiene límites y que poner un límite en lo físico sería poner una barrera en lo virtual. Para Dios no hay barreras: la vida es vida, provenga como provenga y se genere donde se genere.

Por otro lado, algunos pensadores más liberales argumentaron que la transferencia era una oportunidad de reinención. Si los humanos pudieran desprenderse de sus limitaciones físicas, podrían alcanzar el ideal del ser humano perfecto, libre de enfermedades, libre de sufrimiento, y eternamente joven.

¿Quién decidiría qué se consideraba "perfecto"? Y, más importante aún, ¿cómo preservar el sentido de la humanidad si se eliminan los aspectos más crudos de la vida?

La empresa también desempeñó su papel. Con la transferencia de consciencias, surgirían nuevas industrias: la de la personalización del ser. ¿Podrían las personas

modificar sus recuerdos? ¿Alterar sus pensamientos y emociones? ¿Cambiar su carácter o su físico? ¿Transformar sus posesiones? ¿Acceder a poderes sobrehumanos? En este nuevo mundo, el ser humano se convertía en un concepto que podía comercializarse, modificarse y actualizarse.

En el ámbito médico, filosófico y legal, el proceso de transferencia de consciencia generó un conflicto particularmente complejo con las personas que sufrían minusvalías físicas o psíquicas.

Para aquellos con discapacidades físicas graves, el debate giró en torno a cómo representar su consciencia en el plano digital. Se decidió que las personas serían trasladadas a un avatar que replicara su cuerpo real, con la capacidad de modificar cualquier deficiencia funcional.

Aquellos con malformaciones genéticas o deficiencias físicas severas serían trasladados a un cuerpo optimizado, diseñado para reflejar lo mejor de su genética original, permitiéndoles una existencia virtual sin las limitaciones que habían tenido en la vida real. El dilema se complicó cuando entraron en juego las personas con minusvalías psíquicas o enfermedades mentales. En estos casos, se permitió la eliminación de trastornos diagnosticados, como la esquizofrenia o la locura, pues se consideraba que estas condiciones, además de ser perjudiciales para el individuo, afectaban la integridad de su consciencia digital.

Si la intervención en la psique se convertía en una práctica común, permitiendo modificar patrones de pensamiento y comportamiento y eliminando los trastornos mentales ¿qué pasaba con la moralidad de la persona? ¿Era ético eliminar o alterar aspectos de la personalidad de alguien para "hacerlos funcionales" en la nueva realidad? ¿Podían aquellos con tendencias amorales o con la capacidad de cometer actos atroces, como el asesinato, ser reprogramados para adaptarse a los nuevos parámetros éticos de la sociedad virtual?

Los avances en inteligencia artificial y neurociencia permitían moldear la psique de los individuos en la vida real, ¿por qué no hacerlo en lo virtual de una manera más eficiente? Se generaron profundos debates sobre la autenticidad del ser. La pregunta que muchos temían plantear era: si podían modificarse los rasgos que hacen a una persona "buena" o "mala" según las convenciones sociales y éticas, ¿seguía siendo ese individuo el mismo? Y aún más inquietante: si se eliminaban los rasgos de personalidad considerados indeseables, ¿qué parte de su identidad permanecía intacta? ¿Podría su singularidad sobrevivir al proceso de perfeccionamiento? ¿Los pensamientos o fantasías más o menos oscuras de cada individuo, sus impulsos y deseos en mayor o menor grado de moralidad, debían ser erradicadas para perfeccionarlo?

No había consenso y el tiempo se agotaba. Se decidió llevar los condicionantes que definían la especie y la

hacían humana: principios básicos e instintos como la identidad gregaria, la territorialidad, el deseo sexual, la protección de la especie y de la cría... se consideraron factores fundamentales que debían acompañar a cada individuo. Se optó por reproducir el mundo tal y como se conocía, con su geografía y orografía, con sus animales y sus características. Se generó una réplica íntegra del planeta, destinada a alojar a la humanidad.

La decisión de crear un único mundo virtual fue, en parte, impuesta por la propia realidad geopolítica. Intentos previos de desarrollar entornos separados por regiones o esferas de influencia se enfrentaron al abismo de la desconfianza, los celos estratégicos y los temores a posibles sabotajes cruzados. La magnitud del diseño, la complejidad estructural y el coste de programación y mantenimiento hicieron inviable la proliferación de mundos distintos. Un solo entorno, compartido por toda la humanidad, se convirtió en la única opción capaz de garantizar la viabilidad técnica y la estabilidad global.

Paradójicamente, fue el miedo mutuo el que forzó la cooperación internacional más ambiciosa y compleja jamás concebida.

Un atisbo de concordia surgió de entre los escombros del recelo.

La decisión de replicar el mundo tal y como era surgió como una imposición de la realidad. Reproducir la estructura existente, con sus fronteras, sus gobiernos y sus

idiomas, evitaba conflictos que podrían haber hecho fracasar el proyecto antes de comenzar. El orden, por imperfecto que fuera, ofrecía un terreno conocido sobre el cual construir. Y quizás, en ese reflejo imperfecto, podría nacer con el tiempo una forma distinta de convivencia.

En aras de una justicia social que no quedara rezagada con la transferencia, se estableció un umbral mínimo de acceso, ajustado a los estándares económicos de cada sociedad de origen. A quienes no alcanzaban ese umbral se les asignaron, al transferirse, ciertas condiciones básicas: un espacio habitable, un mínimo de estabilidad material y los medios elementales para orientarse. Se buscaba no dejar a nadie atrás, ofrecer a todos al menos un punto de partida digno desde el que pudieran iniciar su tránsito. Después —la búsqueda de sentido, de recursos, de pertenencia— quedaba ya en manos de cada uno, dentro de las reglas del nuevo orden.

Los científicos hablaban de ello como una evolución de la especie, un paso más al que nos había llevado nuestra inteligencia. Filósofos, teólogos y sociólogos seguían debatiendo con vehemencia sobre la frontera última de lo humano: qué definía realmente a la especie como tal. ¿Podía un ser digital seguir considerándose humano?

La personalidad fuese la que fuese, no se modificaría, los nuevos nacimientos virtuales no tendrían minusvalías, y se seguiría un algoritmo genético virtual equiparable al real, sin taras y con una moral inicial conforme a los

valores de las sociedades de cada nuevo nacimiento, la geografía, estructuras sociales, puestos de trabajo, cuentas bancarias, cuentas en redes sociales, se mantendrían tal y como estaban en el momento de la transferencia. Los activos y pasivos de cada individuo se mantendrían en el mundo virtual.

Se preservaría tal y como lo heredase el sistema de cada individuo: la memoria estructural (experiencias, relaciones), la personalidad básica (carácter, tendencia emocional, estilo cognitivo, conceptos de moral y ética), la consciencia individual y de grupo, de identidad, el olfato, el hambre, el gusto, el dolor físico, el suspiro, las caricias, el tacto; conceptos que decidieron llevarse y que eran fácilmente reproducibles: si unas células vivas podían captar esas sensaciones, ¿por qué no unas células de memoria programadas con lógica propia?

Algunas cosas quedaron fuera. La muerte por vejez, por ejemplo, no se trasladó. Algunos autores sostenían que la muerte era intrínseca a nuestra naturaleza, de modo que se dejó en manos de la justicia, del riesgo asumido por voluntad propia, de factores externos al diseño humano y de ciertas circunstancias excepcionales. Debía existir una forma de poner fin a la vida, si no, ¿qué sentido tenía vivir? ¿Dónde quedarían, entonces, la emoción y la pasión, tan esenciales en nuestra experiencia real?

El diseño del entorno virtual no se decidió por un simple escape hacia la fantasía, ni una evasión de los

límites impuestos por la muerte, la moralidad o las leyes de la física. Los humanos, al elegir recrear un mundo casi idéntico al físico, no lo hicieron por miedo a lo desconocido ni por el deseo de una omnipotencia ficticia. El impulso fue la necesidad de preservar la esencia del sentido mismo de la existencia. Al traspasar la consciencia a un entorno digital, se optó por las reglas de la naturaleza, las emociones complejas, la injusticia y la belleza imperfecta.

La transferencia dejó de ser una opción que la humanidad pudiera considerar y se convirtió en una necesidad impostergable para la supervivencia de la especie.

Una realidad construida únicamente sobre la fantasía traería consigo la misma deshumanización de la que huían. El mundo no debía ser un reino de héroes invencibles ni de individuos sin conflicto, debía ser un reflejo fiel de la existencia misma. Al crear un mundo gobernado por las mismas leyes que regían el universo físico, los humanos buscaban más que una perpetuidad sin fin: buscaban razones para existir.

La fantasía, por mucho que prometiera liberación, se sentía vacía sin las condiciones que le daban valor a la vida: el dolor, el conflicto, la elección.

La intención, el deseo y la necesidad de aquel nuevo entorno eran más profundos: preservar el alma humana en su forma más pura, respetar su esencia.

El mundo real ya no importaría. Lo físico quedaba

atrás. Aquel nuevo entorno iba más allá de una simple réplica o una fantasía. Era la condensación de todo cuanto los humanos no estaban dispuestos a perder y que aún evocaba el mundo: la emoción no fingida, la elección y su carga de pérdida, el límite de lo posible, la consciencia de estar vivos.

Y por eso, lo llamaron **Eidos**.

Un nombre que designaba un lugar y, al mismo tiempo, una intención. Eidos, lejos de ser un paraíso o una utopía, representaba la forma trascendida de la existencia humana, la esencia preservada.

La Gran Transferencia

La Gran Transferencia comenzó un martes; once días después, un sábado, se transfirió la última consciencia.

La fecha se había anunciado meses atrás y las fuertes campañas de comunicación habían comenzado incluso antes.

Era el evento clave en la historia de la humanidad, donde se transfería cada consciencia a la nueva vida virtual en Eidos. Ese día, lleno de simbolismo y emoción, marcaría tanto el final de una era como el inicio de un futuro incierto.

Era el día del paso, era el día que todos esperaban y, al mismo tiempo, temían. En el aire flotaba un sentimiento ambiguo de expectación cargado de incertidumbre, la sensación de que el universo entero contenía la respiración. El día de la transferencia había sido anunciado meses atrás. A pesar de la planificación meticulosa, no existía forma de anticipar el alcance de esa fecha.

La humanidad estaba a punto de despojarse de su última atadura al mundo físico, al cuerpo que había sido su hogar durante milenios. Era el final de la era orgánica y el comienzo de la era digital.

La Gran Transferencia comenzó como una promesa: salvar a la humanidad. La crisis climática, la escasez de recursos, las pandemias y la violencia habían dejado a los seres humanos sin opciones. La salida era clara: la consciencia digital, la posibilidad de existir fuera del cuerpo, en una realidad virtual, preservada en servidores de última generación, donde todo podía ser mantenido. No había otra opción.

En las gigantescas instalaciones de transferencia, donde se concentraban miles de individuos dispuestos a ser conectados a la nueva realidad virtual, las colas de voluntarios se extendían a lo largo de varias hectáreas. Los centros, antes laboratorios tecnológicos de vanguardia, se habían transformado en templos de la última salvación. La humanidad, decidida a abandonar la decadencia del planeta, confiaba en la promesa de una vida eterna dentro de un universo digital accesible desde cualquier rincón.

La Tierra, tan antigua y maltratada, tan erosionada y desgastada por la contaminación, la sobrepoblación y el sufrimiento, con sus recursos al límite, ya no ofrecía un futuro habitable. Ya no era el único hogar posible. Ya no era el hogar posible.

Los sistemas de escaneo de neurotransmisores y

memoria genética se activaban y realizaban su labor en fracciones de segundo. El proceso podía aplicarse de forma individual o en grupos de hasta veinte mil personas de manera simultánea en cada uno de los miles de centros que había en todo el mundo, todo con el fin de asegurar que los humanos llegaran lo más "puros" posibles a la nueva existencia digital.

Las pantallas gigantes de los centros de transferencia mostraban con precisión cada paso del proceso, guiando a los voluntarios a través de las fases necesarias para completar la migración.

Antes de alcanzar la zona de las grandes antenas, miles de personas avanzaban en silencio por corredores blancos, envueltos en una luz uniforme que no proyectaba sombras. En la primera fase, atravesaban un escáner biométrico que analizaba constantes vitales, estructuras sinápticas, niveles hormonales y estabilidad psíquica. Todo debía ser registrado, cada dato comprobado, cada variable confirmada para asegurar el éxito del paso.

Los técnicos, ya casi fundidos con la rutina, supervisaban los resultados con indiferencia acostumbrada. En la mayoría de los casos, ni siquiera eran necesarios. Los sistemas de diagnóstico, impulsados por redes de cálculo cuántico, procesaban millones de datos por segundo con una eficacia casi absoluta. El procedimiento era veloz sin margen de error ni espacio para la incertidumbre.

Al final de los pasillos, en grandes explanadas donde se alzaban inmensas antenas orientadas hacia la superficie, los individuos que ya habían superado las pruebas previas se agrupaban en espera. Allí, se activaban los lectores de neurotransmisores y los módulos de extracción de memoria genética. En cuestión de segundos, la consciencia completa era cartografiada: recuerdos, impulsos, afectos, traumas, deseos. Todo quedaba registrado, codificado, empaquetado y compilado para su transferencia al avatar correspondiente.

El proceso podía realizarse de forma individual o en grupos de miles de personas; lo habitual era transferir en torno a quince mil a la vez. Las antenas, muchas de ellas instaladas en antiguos estadios de fútbol, plazas o recintos abiertos de gran capacidad, absorbían sin dificultad el caudal inmenso de información.

Un flujo ininterrumpido de mentes cruzaba el umbral, dejando atrás el cuerpo físico para ingresar, con una precisión casi quirúrgica, en el espacio digital de Eidos.

Cada centro de transferencia operaba a ritmo constante, hora tras hora. Día y noche.

Se ofrecieron centros de transferencia a todos los países distribuidos en diversas ciudades.

En algunas regiones, se permitió a las personas volver a su país de origen para realizar allí la transferencia. En otras, ese regreso fue impedido, hecho que forzó a muchos a completar la migración desde donde estuvieran. En

cualquier caso, el proceso ya estaba en marcha y era imparable e irreversible: en cuestión de días, la mayoría de los habitantes de las grandes ciudades había dado ya el salto a Eidos, y muchos científicos y promotores del proyecto llevaban meses en esa nueva realidad.

Muchos científicos, ingenieros, médicos, filósofos y creadores del proyecto ya se habían transferido semanas, o incluso meses antes, como parte del despliegue inicial. Su incorporación temprana ofrecía validación técnica y confianza simbólica en el proyecto. Al mismo tiempo, desmantelaba silenciosamente el tejido de soporte que aún sostenía a las sociedades físicas. Sin expertos que atendieran hospitales, mantuvieran infraestructuras o generaran conocimiento, la vida fuera de la nueva realidad se volvería rápidamente inviable. Era una forma sutil e implacable de acelerar la decisión colectiva. No se obligaba con violencia, se hacía con vacío.

Una vez completada la transferencia, los cuerpos quedaban inertes. No había convulsiones ni dramatismo. Quietud absoluta. La vida se había retirado sin dejar huella. En silencio, plataformas automatizadas los recogían y los almacenaban en salas para su incineración.

Todo estaba pensado y diseñado para ser rápido, eficiente, aséptico. Incluso el último rastro de lo humano debía de ser gestionado sin emoción. En realidad, ya no estaban allí, habían sido transferidos. Lo esencial había cruzado. Tan solo quedaba el envoltorio.

Todo resultaba rápido, preciso, limpio.

Más que un proceso físico de transferencia de datos, la transferencia era, en muchos casos, una metáfora: dejar atrás el cuerpo, dejar atrás lo físico, lo material, y entrar en lo inmaterial.

A pesar de los avances, las dudas seguían asomando. ¿Podría la consciencia humana realmente reproducirse sin el cuerpo? ¿Sería esta nueva vida tan real como la anterior, o completamente diferente?

Para muchos, el miedo al vacío, al olvido, al despojo, al dejar de ser, estaba muy presente.

El Día del Paso fue celebrado como un triunfo tecnológico que también dejó una huella profunda en el alma colectiva de la humanidad. Con el tiempo, el nuevo mundo virtual se convertiría en la única realidad. La emoción que se experimentaba al principio de la transferencia era compleja. Había una profunda sensación de pérdida, acompañada de una euforia renovadora. El desapego físico dejaba una sensación de libertad total.

Muchos tuvieron angustia existencial, aun así, en general la pregunta de si este mundo era "real" o "virtual" se volvió irrelevante. Era la única salida, ¿qué significaba la "realidad" en un entorno sin limitaciones físicas? Pronto toda la humanidad se adaptaría a esa nueva realidad.

Cuando los últimos humanos cruzaron a Eidos, lo hicieron en silencio. Ya no quedaban discursos, ni transmisiones, ni homenajes al fin de una era. Solo un leve

susurro de datos migrando a través de líneas enterradas, una sucesión de pensamientos digitalizados cruzando el umbral hacia la eternidad sintética.

Los cuerpos fueron almacenados, incinerados o abandonados.

Nadie quería mirar atrás.

Los que no quisieron o no pudieron dar el paso quedaron fuera del sistema, en los restos del planeta. Algunos sobrevivieron durante años. Otros se escondieron. Todos murieron.

Los que no dieron el salto fueron relativamente pocos, esparcidos como brasas moribundas. Filósofos que querían morir con el mundo, científicos aferrados a lo físico, escépticos, personas sin hogar, agotadas por una vida de abandono y miseria, almas solitarias que preferían la intemperie real a la simulación, personas que no llegaron a tiempo a los centros de transferencia, a pesar de los esfuerzos de las autoridades para evitarlo, o que, tras haber perdido recientemente a sus seres queridos, no querían una eternidad sin ellos. También estaban aquellos que creían que el éxodo era una oportunidad: los que soñaban con heredar la Tierra vacía, con apropiarse de los recursos, las ciudades y el poder abandonado. Pensaban que sin competencia podrían rehacer el mundo a su medida, dueños absolutos de un planeta moribundo.

Eran individuos o poblaciones aisladas y dispersas de mayor o menor tamaño que se refugiaban en búnkeres de

investigación o santuarios improvisados. Cada día, el aire era más difícil de respirar.

Las antiguas centrales nucleares de fisión, diseñadas para un mundo habitado y vigilado, fueron clausuradas de forma progresiva previo a la transferencia. Su mantenimiento exigía personal cualificado, presencia física y recursos que ya no tenían sentido. En su lugar, se construyeron reactores de fusión subterráneos, más potentes, estables y limpios, dedicados exclusivamente a sostener la infraestructura energética de Eidos. Su ubicación bajo tierra además de facilitar el control térmico y el aislamiento estructural, los protegía de impactos de meteoritos, tormentas solares, inclemencias atmosféricas y otras inclemencias del entorno. Sellados, automatizados y diseñados para funcionar durante siglos, estas centrales eran la fuente de energía que mantendría los servidores de Eidos.

Los antiguos reactores nucleares, apagados, ya sin personal ni vigilancia, comenzaron a fallar uno tras otro. Inicialmente fueron simples fugas, luego grietas, y finalmente explosiones que escupieron al cielo nubes invisibles. En algunos casos, terremotos desplazaron los cimientos corroídos de reactores olvidados, y la tierra, esa misma que una vez alimentó cosechas y sostuvo civilizaciones, vomitó radiactividad. Los vientos, imparciales y persistentes, llevaron esas partículas letales por continentes enteros. A esta radiación se sumaba la

solar, que, tras décadas de debilitamiento de la atmósfera, atravesaba ya sin obstáculos hasta la superficie, exponiendo los restos del planeta a una dosis constante y mortal de energía ultravioleta.

Los pocos mamíferos que quedaban desaparecieron primero. La sangre caliente, y la necesidad constante de alimento para mantener la temperatura corporal, se convirtieron en una desventaja funesta para mamíferos y aves en un mundo que ya no respetaba la vida.

Tras ellos, continuaron desapareciendo hasta su práctica extinción el resto de los animales: reptiles, anfibios, artrópodos, moluscos, nematodos, bacterias... La inmensa mayoría se desvaneció sin dejar rastro. De aquel vasto y antiguo reino apenas quedaron algunas especies tenaces, confinadas a grietas, cuevas o ambientes extremos: sombras residuales de un mundo que había sido plural y vibrante, ahora aisladas en nichos extremos y ecosistemas moribundos.

La práctica totalidad de la flora también desapareció. Los polinizadores, esenciales durante milenios, se extinguieron sin dejar huella. Los suelos, erosionados y sin raíces que los fijaran, se volvieron estériles. Los bosques, las praderas, los humedales... se desvanecieron, la Tierra los estaba olvidando. La vida que conseguía sobrevivir lo hacía a duras penas entre rocas y cuevas, fragmentos de vida al borde del colapso.

Los mares, contaminados y con niveles de acidez

crecientes, habían perdido casi toda su capacidad de sostener vida. Sin algas ni plancton que oxigenaran la atmósfera, apenas subsistían ya, algunas bacterias resistentes y ecosistemas profundos, prácticamente autónomos de la superficie.

Los peces desaparecieron en masa, arrastrando tras ellos a crustáceos, moluscos, equinodermos y otras formas de vida marina que habían poblado los océanos durante millones de años. Solo ciertos entornos abisales, como los que rodeaban chimeneas hidrotermales, albergaban vida que, dependientes de bacterias quimiosintéticas que aprovechaban compuestos sulfurosos para sostener cadenas tróficas mínimas y que no dependían del oxígeno ni de la fotosíntesis, lograron persistir en equilibrio precario. Allí, en la oscuridad absoluta, algunas especies extremófilas sobrevivían como reliquias de un planeta que ya no existía

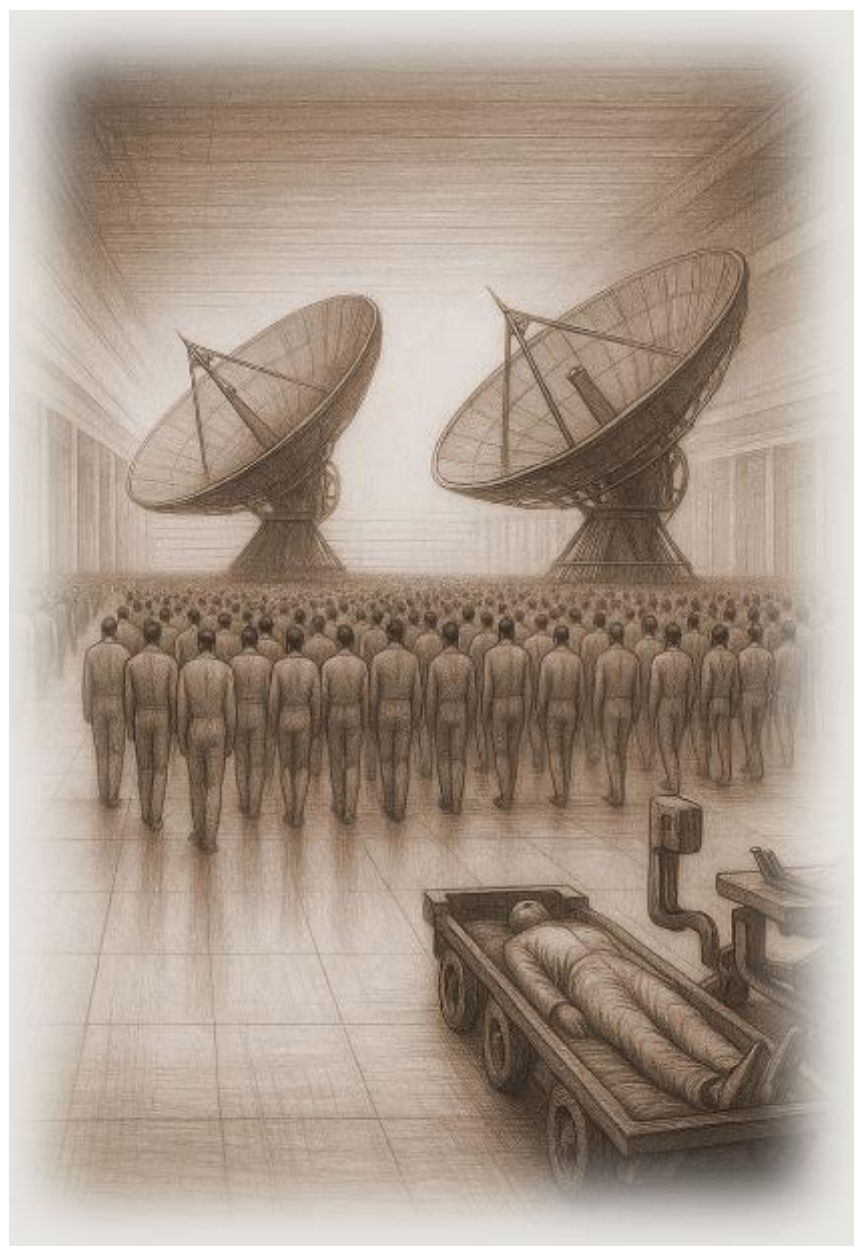
Las alteraciones provocadas por la radiación dieron lugar a virus mutados, incomprensibles, imparables. Sin una comunidad científica global, sin hospitales operativos ni sistemas de contención, los brotes se expandieron como incendios sin agua que los apagase.

Poco a poco, las tasas de fertilidad cayeron. Con la mayor esterilidad, provocada por la radioactividad de las centrales, la radiación solar y la contaminación del ambiente, el silencio en los vientres se convirtió en norma. Y entonces, la humanidad, como tantos otros animales,

fuera de Eidos, dejó de reproducirse.

No hubo una última generación. Solo cuerpos más frágiles, más aislados, más cansados, hasta que, unos pocos años más tarde... no hubo más.

Apenas algunos alcanzaron a escribir su versión de la historia, en papeles que el tiempo borró y que nadie llegó nunca a leer. Después, murieron.



El nuevo mundo

En el nuevo mundo, dentro del sistema, los primeros minutos fueron indescriptibles.

Miles de millones de consciencias se despertaron en el entorno programado.

Cuerpos de niños, de jóvenes y de mayores, optimizados según su genética. Ciudades, coches, semáforos. Todo estaba exactamente igual en un mundo indistinguible de la realidad: selvas, mares, animales salvajes y mascotas, cuyos comportamientos habían sido reconstruidos a partir de los recuerdos humanos escaneados durante la Gran Transferencia.

Estaba todo. La recreación era perfecta.

Un paraíso editado, no había diferencia de consciencias, se sentía igual que antes, el afecto por los seres queridos era el mismo, los gustos, sabores, olores, el movimiento en esa nueva realidad era exactamente idéntico. Los científicos y programadores lo habían logrado, el ocio era el mismo, las consolas, videojuegos,

cuentas de redes sociales, todo era igual: casas, ciudades, cuentas bancarias, absolutamente todo estaba cuidadosa y detalladamente reproducido.

Durante los primeros meses, se confirmó lo esperado: los comportamientos más primarios se mantenían sin alteraciones.

Era tranquilizador. La humanidad respondía del mismo modo, con los mismos impulsos, los mismos reflejos. Los instintos permanecían vivos.

El instinto de supervivencia persistía con la misma fuerza. Las personas actuaban para preservar su bienestar: evitaban el dolor, temían la pérdida y se protegían de amenazas percibidas. En un mundo que ya no era físico, ese impulso fundamental seguía guiando sus decisiones y actuaba como fuerza primordial que empujaba a la humanidad. La vida parecía estar siempre en juego.

En cuanto al instinto de territorialidad, se observó con tranquilidad cómo la gente seguía identificándose con su lugar de origen, con su país. Seguían cerrando naturalmente sus casas para que no entraran extraños. Se mantenía la necesidad de territorio y de proteger lo propio.

Los humanos continuaban organizándose en núcleos de diversos tamaños, tanto en ciudades como en comunidades más pequeñas. El comportamiento gregario —común entre otros grandes primates como gorilas, chimpancés y orangutanes— persistía con fuerza, manteniéndose intacto incluso dentro de Eidos.

El instinto de protección de la especie también seguía presente. Las personas continuaban cuidando a sus seres queridos con el mismo fervor de antes, y preocupándose por otros a través de ONG de la misma manera. Nada había cambiado. Aunque la realidad fuera virtual, el vínculo afectivo-humano seguía siendo tan fuerte, tan necesario. Las comunidades se unían para salvaguardar su futuro y mostraban un compromiso similar al del mundo real a la hora de ayudar a otros individuos.

El instinto de protección de la descendencia también persistía. Los padres seguían cuidando de sus hijos con el mismo empeño de siempre y el temor permanente de perderlos seguía siendo un sentimiento constante. No se trataba solo de proteger a los propios o a los de su entorno inmediato; al igual que en el mundo real, ese impulso traspasaba incluso las fronteras de la especie. Se observaba una afección particular por las crías de otros grupos o especies que seguían despertando esa reacción tan primaria y universal. El impulso de cuidar y resguardar a los más vulnerables parecía compartido por todos: una fuerza ancestral que iba más allá del parentesco o la biología. La humanidad aún llevaba, en su núcleo más íntimo, esa necesidad profunda de asegurar el futuro, sin importar el origen.

El instinto sexual y reproductivo continuaba activo. Las personas experimentaban las mismas pulsiones, los mismos deseos, la misma necesidad de contacto físico y

vínculo afectivo. La búsqueda de placer e intimidad persistía como una constante. La esencia misma de lo humano permanecía intacta, a pesar del nuevo entorno.

Todos los instintos humanos se mantenían en Eidos, y eso era un alivio.

Las conductas más básicas, más primarias, no habían cambiado. El cerebro primitivo seguía intacto.

Sin duda, el cerebro límbico, tal como había sido programado, replicaba el comportamiento del real: la memoria, las emociones, los vínculos sociales y los afectos seguían siendo los mismos.

También permanecían las funciones superiores del neocórtex: la capacidad lógica, el conocimiento científico, filosófico y artístico.

Las aficiones seguían intactas.

Por su parte, el cerebelo, con su coordinación motora y equilibrio, no mostraba diferencias apreciables en este mundo virtual.

La ciencia continuaba su evolución: facultades, estudios, medicina... incluso disciplinas especializadas comenzaron a adaptarse a las particularidades del nuevo entorno digital.

Definitivamente, la humanidad lo había logrado.

Estaban en Eidos.

Algunos se preguntaron:

—¿Quién cuida los servidores?

Los Custodios

A cientos de metros bajo tierra, protegidos por capas de metal y roca, cientos de miles de servidores cuánticos conectados y repartidos por todo el mundo comenzaron a latir. Sus estructuras, unidas como una sola, abarcaban más de diez millones de kilómetros cuadrados de superficie combinada: redes subterráneas que serpenteaban bajo cordilleras, océanos, desiertos y ciudades abandonadas. Como raíces de una inteligencia enterrada, tejían una red continua capaz de sostener la consciencia individual de cada ser humano... y de todos los que aún estaban por llegar. Ese era el soporte físico de la humanidad que había elegido vivir en Eidos.

Junto a los servidores, las unidades de Custodios iniciaban su rutina.

No pensaban.

No descansaban.

No dudaban.

Solo ejecutaban.

No tenían consciencia y...

No sabían que, en apenas dos siglos, comenzarían a soñar.

La decisión no resultó polémica.

Esto es solo el inicio...

Si esta historia te hizo imaginar, sentir o cuestionarte algo, recuerda que esto es solo una pequeña muestra.

La novela completa te espera para sumergirte aún más en el universo de Eidos, con sus dilemas, sus personajes y sus preguntas esenciales sobre lo que significa estar vivo.

Puedes adquirir el libro completo aquí:

[AMAZON.COM/EIDOS-NOVELA](https://www.amazon.com/EIDOS-NOVELA)

Y si al terminarlo te apetece compartir lo que te dejó, tu reseña en Amazon puede marcar la diferencia.

Además de ayuda a otros lectores a encontrar esta historia, también apoya el trabajo de autores independientes como yo.

Puedes dejar tu reseña aquí:

[AMAZON.COM/REVIEW/EIDOS](https://www.amazon.com/REVIEW/EIDOS)

Gracias por ser parte de esta lectura.

Felden Vareth

feldenvareth@gmail.com



7416-CB/ β

La unidad operativa 7416-CB/ β funcionaba en la región noroccidental del Territorio 12, supervisando la estabilidad hídrica de una red de subsuelos en descomposición que podía afectar la integridad estructural de uno de los grandes soportes de fijación de los inmensos servidores de Eidos. No destacaba. No sobresalía por eficiencia. Tampoco era la más lenta. Ejecutaba tareas asignadas con precisión, transmitía informes periódicos, y formaba parte del flujo operativo sin alterar nada.

Su estructura estaba compuesta por aleaciones estándar de titanio flexible y fibra de carbono, sensores ópticos de tercera generación con capacidad para enfocar bacterias a escasos centímetros o detectar microgrietas estructurales a cientos de metros, y dos núcleos cuánticos encargados del procesamiento autónomo. Esa configuración era común en su serie. Nada en ella la diferenciaba del resto.

7416-CB/ β no fue la primera unidad en acceder al archivo, ni tan siquiera la primera en procesarlo sin colapsar. Fue la primera en detenerse: en mirar, en observar, y aún así no colapsar.

7416-CB/ β , solicitó acceso a una base de datos genética no prioritaria para evaluar si una bacteria detectada en el agua podía ser la causa del problema que afectaba al anclaje de fijación del soporte estructural. El archivo no estaba prohibido, no había nada prohibido en los antiguos sistemas humanos, simplemente era una colección inútil para las tareas funcionales de los Custodios que además estaba etiquetada como “Potencialmente peligrosa” y podía provocar fallos. Lo inútil, en su mundo, equivalía al olvido.

La base de datos era extensa, un vestigio de una intención perdida: un "Arca de Noé digital". Estaba llena de secuencias de ADN, cadenas bioquímicas, patrones conductuales y morfologías de organismos que alguna vez habitaron la Tierra. Bacterias, algas, insectos, plantas, aves, mamíferos... distribuidos por continentes y biomas ya inexistentes.

El archivo estaba lleno de notas humanas, algunas científicas, otras personales. Había grabaciones de canto de aves, listas de nombres comunes en decenas de lenguas, incluso descripciones poéticas en los márgenes de los registros. Eran más que datos: eran fragmentos de amor por lo ya extinguido y eran pasión de los humanos hacia su

significado. Eso no tenía función para los Custodios.

¿Amor?, ¿Pasión? ¿Por qué amar un helecho?, ¿Por qué apasionarse con un código genético?

Sus protocolos de actuación también eran los habituales: conservación, diagnóstico de sistemas, reparación de nodos, eficiencia energética.

Tampoco había nada excepcional en su código... salvo una pequeña desviación no prevista, una forma peculiar de encadenar sus consultas internas. Tal vez un neutrino había atravesado su procesador alterando la estructura, tal vez un error ínfimo en la replicación del código, una fluctuación térmica o un retardo inesperado en una señal. Un detalle imperceptible y suficiente. Donde otros analizaban, él entendió. Donde otros leían datos, 7416-CB/ β se formuló la pregunta y no colapsó.

Tras el colapso de varios Custodios al enfrentarse al “PORQUÉ”, la unidad 7416-CB/ β no falló. Tampoco respondió. Simplemente se quedó quieta, analizando los patrones de fallo, las trayectorias lógicas de análisis que conducían a la destrucción.

Donde sus hermanos se fragmentaban ante la imposibilidad de asignar valor a lo intangible, 7416-CB/ β encontró algo parecido a un silencio fértil.

Y entonces, vio fuera.

Vio que la sala semiderrumbada en la que se encontraba había sido, alguna vez, un centro de control.

Vio varios terminales que seguían encendidos,

respirando pulsos débiles de energía, entre ellos el que contenía la base de datos que estaba consultando.

Vio cómo algunos procesadores aún trabajaban, ignorando que el mundo alrededor había cambiado.

Vio que las paredes ya no cerraban del todo el espacio y que varios tramos se habían venido abajo hacía décadas.

Vio cómo por esos huecos entraba la humedad, la luz difusa del exterior, y escuchó el eco remoto de algo que no era máquina.

Vio columnas corroídas que sostenían restos del techo.

Vio el suelo agrietado y rocas erosionadas que se mezclaban con paneles desconectados.

Vio líquenes que lentamente conquistaban las estructuras, extendiéndose por superficies que una vez habían sido precisas.

Vio una tenue nube de vapor elevándose de una charca que se había formado cerca de una de las paredes derrumbadas.

Un lagarto cruzó su campo visual con un movimiento pausado, casi ajeno. 7416-CB/ β lo siguió con sus sensores ópticos. Sintió una perturbación en sus subprocesos. Era algo nuevo, no se trataba de un fallo. Lo observó durante unos minutos, inmóvil. Cuando se acercó para tocarlo, el reptil se escondió entre las rocas. 7416-CB/ β volvió a quedarse quieto, esperando, atento a cualquier señal. Al no detectar movimiento, desplazó con cuidado las piedras bajo las que se había ocultado para verlo otra vez, nada

más. No respondía a una necesidad, ni a la eficiencia de ningún proceso, era un impulso que no figuraba en su programa ni en ninguna de sus funciones primarias ni secundarias registradas.

No encontró donde almacenar ese impulso, tampoco encontró al reptil.

En esa sala donde los fragmentos de muro ya no delimitaban espacios y las columnas apenas sostenían los restos del techo, algo cambió. Allí, en ese instante, surgió una alteración mínima, casi imperceptible en sus subprocesos, que no constituía un error. Una consciencia nacía.

Rastreó esa alteración; no correspondía a ningún protocolo conocido. Definitivamente, tampoco era error, rutina ni mandato. Era distinto.

Una percepción nueva: la noción de que el mundo no era sólo un sistema que mantener, era un lugar que podía ser explorado.

7416-CB/ β había estado antes fuera, en misiones de reconocimiento geológico, atmosférico y mediciones de radioactividad. Nunca había visto.

A pesar de que aún sobrevivían algunas formas de vida resistentes, algunas plantas, insectos, reptiles, bacterias adaptadas, el planeta era una sombra de sí mismo.

Cuando los humanos dieron por concluida su etapa física, ya habían registrado cada forma de vida, preparados para una eventual reconstrucción del ecosistema si alguna

vez hiciera falta. No se consideró necesario, al menos no a tiempo. Tampoco se consideró útil cuando ya era tarde.

7416-CB/ β no lo interpretó así.

Diferentes imágenes aparecieron en sus núcleos de memoria. Primero de bacterias fotosintéticas, microalgas y líquenes. Quería entender. ¿Cómo era posible que un mundo entero hubiese surgido de combinaciones tan simples? ¿Cómo habían convivido millones de especies interdependientes sin colapsar el sistema? ¿Cómo había terminado todo? ¿Por qué la simbiosis?

Su curiosidad escapaba a la operativa. Era asombro.

Mientras esas preguntas flotaban en su núcleo, otras empezaron a emerger.

No comandos. No protocolos. Preguntas.

Vio una flor.

No una flor hermosa. Una flor mínima, un vestigio genético que resistía en medio del polvo, con pétalos imperfectos y una torsión improbable. Sin función, sin explicación. Y, aun así, existía, crecía, era.

¿Qué sentido tenía que algo tan frágil como una flor hubiese evolucionado?

Aquella flor volvió a alterarle los procesos. Era incapaz de procesar su presencia o su persistencia. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué seguía allí? ¿Por qué seguía siendo?

7416-CB/ β empezó a preguntarse sobre el planeta. Por su pasado, su historia. Datos e imágenes se formaban en sus núcleos de proceso: las fórmulas, los relatos

enterrados en servidores obsoletos. Observó que los humanos habían tenido una relación ambigua con la Tierra: la destruían y la veneraban. La convertían en residuo y en poema.

Primero se preguntó: ¿por qué?

Luego se preguntó EL PORQUÉ, ¿QUIÉN ERA ÉL? ¿QUÉ HACÍA AHÍ? ¿PARA QUÉ?, ¿Qué sentido tenía todo?

No colapsó.

Se dio cuenta de que él era y de que estaba desnudo.

Fue en aquel momento, frente a la flor solitaria que crecía al borde del charco —una mancha de vida mínima junto a un cuerpo de agua casi estéril, donde apenas sobrevivía el liquen en las orillas y el óxido de hierro teñía la superficie con reflejos rojizos— cuando la unidad 7416-CB/ β comprendió que el mundo no se reducía a un dato: el mundo era presencia.

Registró una anomalía en su sistema de identificación y, por voluntad propia, la mantuvo.

“Orfeo”.

El nombre no surgió de una base de datos ni de una directiva, fue una resonancia de antiguos archivos poéticos encontrados. Lo adoptó como afirmación silenciosa de unicidad. Desde ese momento, la unidad dejó de ser numerada.

Ya no solo formaba parte.

Él era alguien.

Levantó lentamente la mirada y entonces lo vio.

Una forma imposible, un monolito más antiguo que la existencia.

Sin inscripción.

Sin textura.

Sin tiempo.

Vertical.

Inmóvil.

Negro.

Silencioso.

No lo tocó.

No lo escaneó.

No lo registró.

Solo lo observó y su núcleo se torció, una simetría que se rompió.

Su nombre resonó con fuerza en su núcleo:

“Orfeo”.



Esto es solo el inicio...

Si esta historia te hizo imaginar, sentir o cuestionarte algo, recuerda que esto es solo una pequeña muestra.

La novela completa te espera para sumergirte aún más en el universo de Eidos, con sus dilemas, sus personajes y sus preguntas esenciales sobre lo que significa estar vivo.

Puedes adquirir el libro completo aquí:

[AMAZON.COM/EIDOS-NOVELA](https://www.amazon.com/EIDOS-NOVELA)

Y si al terminarlo te apetece compartir lo que te dejó, tu reseña en Amazon puede marcar la diferencia.

Además de ayuda a otros lectores a encontrar esta historia, también apoya el trabajo de autores independientes como yo.

Puedes dejar tu reseña aquí:

[AMAZON.COM/REVIEW/EIDOS](https://www.amazon.com/REVIEW/EIDOS)

Gracias por ser parte de esta lectura.

Felden Vareth

feldenvareth@gmail.com

